En la pared del salón, el reloj marcaba las 19.01h. De repente el teléfono, que dormía plácidamente en una mesita comenzó a sonar con fuerza, manifestando su presencia. Durante unos instantes, Claudia se quedó paralizada, pero sacando fuerzas de no se sabe dónde, estiró el brazo, cogió el teléfono y pulsó el botón de responder la llamada. Una voz esperada y conocida para ella le preguntó:

- *Claudia, Claudia, saps qui sóc?,* sonó con voz firme y clara.
- *Si, si, clar,* contestó Claudia con voz temblorosa.
- *Segur que ho saps?,* insistió.
- *Si, Si, si, el alcalde de València,* dijo Claudia segura de conocer esa voz.
- *Saps perqué et cride, Claudia?,* dijo el alcalde.
- *Si, si, si, clar,* contestó Claudia ilusionada.
- *Si?, només dirte que el jurat t'ha propossat, i jo com té que ser també, et proposse formalment com a Fallera Major Infantil de València.*
- *Moltes gràcies, de cor, moltes gràcies,* pudo contestar entre lágrimas.
- *Escolta, escolta, quants anys ets fallera, i de qué Falla?*
- *Soc Fallera de tota la vida, soc d'una xicoteta falla del Marítim.*

Y así es, Claudia, pertenecía a una falla histórica del marítimo, una modesta falla con más de 60 años de historia, que jamás había tenido la suerte de que una fallera de su comisión fuera nombrada máxima representante infantil de la ciudad. Claudia había abierto los ojos por primera vez hacía 11 años, en el seno de una familia trabajadora. Su padre, Vicent, estaba jubilado prematuramente y cobraba una pequeña pensión, había sido marinero en un modesto barco pesquero de arrastre del Puerto de València, hasta que un fatídico día, un accidente en plena faena en el mar lo había sentado para siempre en una silla de ruedas. Su madre, Elena, comenzó a trabajar muy joven haciendo sencillos arreglos de costura, pero había cogido mucha experiencia en los múltiples talleres en los que había trabajado, y en la actualidad confeccionaba indumentaria valenciana en el taller de una famosa tienda de la Calle Escalante. Claudia era hija, y nieta única, perteneciente a una gran familia de tradición Fallera. Cuando nació, su abuelo materno, Antonio, era el presidente de la Falla a la que pertenecía toda la familia. No tardó ni un segundo en darle de alta, y los primeros biberones ya se los tomó en el casal. La niña nació en febrero, y un mes después ya pasó por la Calle de la Paz en la Ofrenda de la Virgen en los brazos orgullosos de su madre. A los dos meses de haber nacido, Elena, su madre, tuvo que volver al taller de indumentaria, se le acumulaba el trabajo, Claudia

se quedaba al cuidado de su abuela materna, Marisol, que tenía un puestecito de flores en el Mercado del Cabañal, y que era tan fallera como su marido Antonio, de hecho había sido Fallera Mayor de su Comisión en dos ocasiones diferentes, siempre acompañada por su marido. Claudia comenzaba su andadura por la vida, entre las telas de seda en las que trabajaba su madre, las flores del puestecito de su abuela, y los bonitos recuerdos falleros que le contaba su abuelo Antonio. Cuando la niña cumplió los 4 años, su abuela Marisol comenzó a ahorrar dinero en una pequeña hucha metálica con la ilusión de reunir dinero suficiente para el día que su nieta pudiera presentarse a Fallera Mayor Infantil de la falla. Claudia, tenía la suerte de vivir en el piso enfrente del casal. La niña pasaba casi todas las tardes con su abuelo en el casal, ella haciendo sus deberes, y su abuelo con sus tareas de presidente. Le encantaba estar en la falla, todos sus amigos eran de la falla, y cuando algún día no podía bajar por alguna razón se notaba en su ánimo, estaba mucho más apagada. Era la niña más participativa de la comisión, se apuntaba a todos los campeonatos que organizaba la Agrupación de Fallas del Marítimo, siempre era la primera en salir en los Playbacks, la que acudía a todos los actos falleros, jamás se había perdido ni un pasacalle, incluso un San José que llovía a mares y además estaba con un poco de fiebre, allí estaba la niña, esperando que se despejara un poco para acompañar a toda la comisión. Cuando la niña iba a tomar la comunión, sus padres y sus abuelos se sentaron con la pequeña y le preguntaron si quería un gran banquete con muchos invitados en un elegante restaurante, pero antes de terminar de hablar, la pequeña Claudia, les dijo: *Me hace mucha ilusión tomar la comunión con mis amigos del cole, en el Rosario, pero me hace muchísima más ilusión poder ser Fallera Mayor Infantil.* Así que no se lo pensaron mucho, tuvo una bonita comunión, no le faltó ningún detalle, su madre le confeccionó el traje con la maravillosa tela que le había regalado su jefa en el taller, su abuela preparó bonitas flores para ese día, su padre habló con un amigo suyo que tenía una empresa de catering y junto a algunos amigos de la falla y familiares cercanos se celebró una bonita fiesta en el casal, Claudia tuvo una modesta, pero muy hermosa comunión, y así con todo lo que pudieron ahorrar, al año siguiente, su abuelo Antonio la propuso como la Fallera Mayor Infantil. El día que fue nombrada Fallera Mayor Infantil, Claudia estaba súper nerviosa, porque su abuelo le había dicho que tendría que hablar en público, y para ella era la primera vez. Por la tarde, Claudia se sentó con su abuelo y juntos escribieron en una hoja unas pocas frases llenas de

emoción y agradecimiento. El acto del nombramiento fue maravilloso, en el preciso instante que el secretario de la falla, amigo también de la familia, anunció su nombre le brotaron cascadas de lágrimas por los ojos. Que alegría sentía, que felicidad, por fin su más ansiado deseo se hacía realidad. Esa noche estuvo arropada de todos los falleros, amigos y conocidos. Cuando llegó el turno del brindis, sacó su papelito, y no llegó a leerlo, porqué lo había leído tantas veces esa tarde con su abuelo, que ya se lo sabía de memoria. Lo dijo todo tal cual lo habían escrito, no se dejó ni una palabra. Lo expresó con firmeza, alegría y seguridad. Los presentes estaban asombrados, una niña tan pequeña que hablara de esa manera, parecía una mujercita. La gente murmuraba, que categoría, como sabe estar, que templanza, que agradecida en su discurso con sus padres y sus abuelos, que facilidad tiene para expresarse con tan solo 10 años. Cuando terminó de hablar, el casal parecía que se iba a caer abajo de tantos aplausos. Brindaron todos juntos, se hicieron muchas fotos para el recuerdo, y en ese mismo instante cambió su vida para siempre, y eso que aún no sabía todo lo que le faltaba por vivir. No tuvo la suerte de tener un presidente infantil a su lado, pero con la personalidad tan arrolladora que tenía para su corta edad no desmerecía en absoluto. De hecho, así, en solitario, lucía mucho más. Tres meses después, el Ateneo Marítimo, en la calle de la Reina, tuvo el honor de ser el marco donde se celebró su presentación. El día de antes, en el casal, se expusieron los 3 trajes que le había confeccionado con mucho sacrificio Elena, su madre. Todos los días, después de toda una jornada extenuante en el taller, por las noches, cosía incansablemente los trajes para Claudia. Sus tíos, el hermano de su padre y su mujer, le regalaron un aderezo de plata para uno de los trajes, y los compañeros y compañeras de su abuela Marisol, los del mercado le regalaron un aderezo de oro, unas mantillas, un abanico pintado a mano con el fondo de la playa de la Malvarrosa, y alguna otra cosa más. Sus amigos de la falla también le llevaron multitud de regalos, casi todos relacionados con el mundo fallero. Eran una familia normal, de trabajadores, sin muchos lujos, pero a Claudia no le faltaba ningún detalle, además los trajes confeccionados por Elena eran impresionantes. La presentación fue muy rápida, casi no se dio ni cuenta de todo lo que iba pasando. La sorpresa se la llevó con el mantenedor, no lo esperaba, fue Vicent, su padre, que no atravesaba uno de sus mejores momentos de ánimo, se acercó lentamente en su silla de ruedas al micrófono, y comenzó el discurso, en ese momento, los presentes comprendieron de donde había sacado Claudia el don de la

palabra, de su padre, un sencillo marinero retirado, pero que de su boca brotaron hermosas palabras ensalzando la brillante y apasionada fallera que era su hija Claudia. El Ateneo se embargó de la emoción y se oyeron los aplausos desde la calle. Que día tan feliz y maravilloso para Claudia y sus seres queridos. Su gran sueño se hacía por fin realidad. Llegó la semana fallera, en la que la climatología acompañó y además no hubo incidente de ningún tipo. El día de la Ofrenda, el tiempo acompañó, y pudo lucir el espectacular traje de valenciana que su madre le había confeccionado con tanto sacrificio, y la gran canastilla de flores que su abuela, flor a flor, había confeccionado llamó la atención en toda la Calle de la Paz. Para su abuelo, oír el nombre de su nieta al pasar por la basílica fue la culminación a tantos sacrificios realizados, a tantos sueños imaginados, que por fin los veía cumplidos. La cremà de su falleta cerró su reinado, pero antes de quemarla pudo escoger un ninot que el artista fallero le había dedicado para ella. Era una fallerita que lucía un traje de valenciana similar al que ella había llevado en la Ofrenda. Con lágrimas en los ojos, se quemó la falleta, y pensó que se había acabado todo, aunque Claudia sabía que aún le quedaba algún acto más, como la procesión de Mayo de la Virgen, la Ofrenda marinera, y claro también la preselección en los Jardines del Túria. Afrontó la Preselección como un acto más en el que tenía que representar a su comisión, como el resto de actos a los que acudía gustosamente. Su número fue el primero en ser preseleccionado. La emoción le embargaba, todos sus amigos de la falla que habían ido a apoyarla le montaron al regresar una fiesta en el casal. A partir de ese día, fue todo muy rápido, casi no le dio tiempo a celebrar. Esas 2 semanas siguientes en contacto con los miembros del jurado fueron maravillosas. El Sábado en Calvestra la disfrutaron todas como nunca, Claudia fue una de las que más cómoda se la veía, se notaba que le apasionaba la fiesta, le gustaban todos los actos, tenía sus favoritos, pero los conocía todos, y de todos hablaba con entusiasmo, eso se notaba y con solo 11 años tenía las ideas muy claras, más que alguna de las candidatas mayores. La noche de la Fonteta fue similar a la de su proclamación en el casal, se la veía tan firme y decidida, el que si estaba nervioso era su abuelo, que mal lo pasó el pobre, porque además su nombre fue el penúltimo de las niñas seleccionadas. Claudia ya había pasado 3 jurados y su ángel de la guarda velaba por ella. Cuando a las 19:01h, sonó el teléfono, comenzó la verdadera aventura de su vida